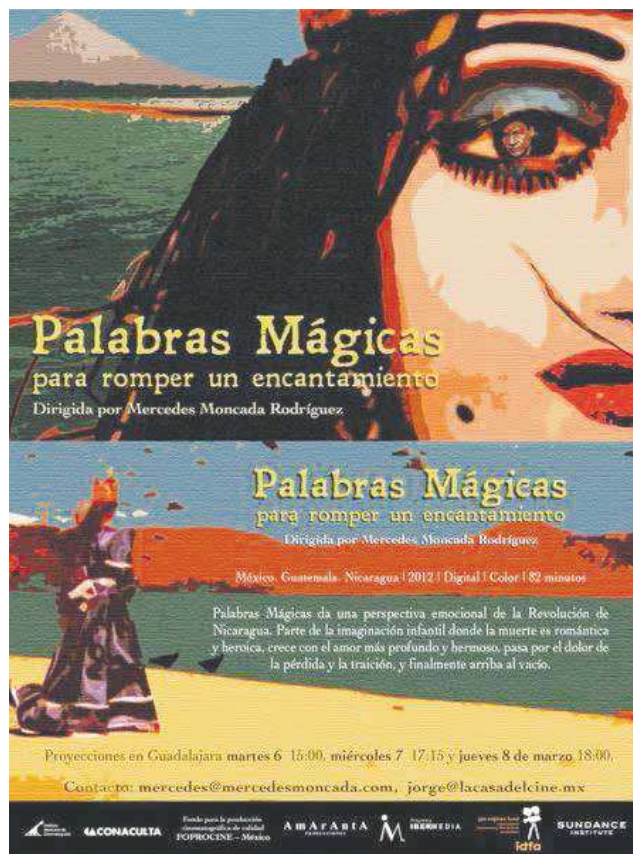


OTRAS MIRADAS AL DOCUMENTAL “PALABRAS MÁGICAS”, DE MERCEDES MONCADA

Guillermo Fernández Ampié*

“Palabras Mágicas (para romper un encantamiento)”, de la cineasta hispano-nicaragüense Mercedes Moncada, ha tenido amplia divulgación y fue elogiada como una película documental importante para conocer lo ocurrido con el Frente Sandinista después de su derrota electoral en 1990 y comprender la actual situación nicaragüense. En la Ciudad de México estuvo tres semanas en cartelera, en la prestigiosa Cineteca; mientras en Nicaragua su divulgación ha sido más bien reservada. No obstante, vale la pena ofrecer algunas reflexiones en torno a ella.

Se trata de una película que contiene imágenes hermosas y a la vez lacerantes, que reflejan un dolor que nunca se disipó del todo. Sus metáforas son ingeniosas, aunque también pueden resultar cuestionables. En términos generales, su mensaje es sesgado o incompleto. Deja por fuera mucho de la extrema complejidad del proceso sandinista y del período posrevolucionario. Pero esto no significa que debamos menospreciar las reflexiones muy personales de la artista. En todo caso, aunque no logra llegar a lo profundo de la realidad del país, su película es el vehículo de expresión de lo que ella siente actualmente respecto a Nicaragua y a la revolución de los años ochenta. En



este texto me interesa contrastar el mensaje que transmite el filme con otras reflexiones y preguntas que también genera ante el público, las que espero un día algún otro documental aborde y de respuestas.

La película inicia mencionando una de las versiones sobre el paradero de los restos de Sandino, quizás la menos citada en la bibliografía sobre el héroe antimperialista. La metáfora que genera

* Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México, y profesor del Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras en esta misma casa de estudios.

es más bien grotesca: Sandino “descansa” entre el excremento de los managuas. Pero, ¿realmente es así? ¿Ha sido ese el último destino del patriota? Personalmente no lo creo, y considero que no pocas personas en Nicaragua compartirían mi opinión. El sandinismo rescató la figura y la acción del héroe de Las Segovias de la ignominia, la censura y el olvido a las que habían sido condenadas por el somocismo. Las colocó en el lugar que les correspondía, precisamente como héroe nacional, en la historia, la vida cotidiana y en el arte nicaragüenses, al extremo que hasta los adversarios del sandinismo en algún momento también quisieron utilizar su nombre para bautizar sus agrupaciones políticas.

Antes del “día cero”, como la cineasta-narradora se refiere al 19 de julio de 1979, Sandino era más que todo un rumor en la calle, una consigna, una silueta, el esquema de un sombrero pintado precipitadamente por algún “subversivo”, por un “sandino-comunista” –como solía llamar Somoza a los guerrilleros– a riesgo de su propia vida. A los escolares de mi generación no se les enseñó siquiera su existencia; menos aún que había combatido a las tropas de ocupación estadounidense, ni que el país había sido invadido militarmente por Estados Unidos. Guardando las distancias, lo he dicho en varias ocasiones, es como si se enseñara la historia de México sin que se mencionara la intervención francesa en el siglo XIX, o que se estudiara la revolución mexicana omitiendo los nombres de Emiliano Zapata o Francisco Villa.

Sandinismo ahora es mucho más que la silueta diseñada por el poeta Ernesto Cardenal, y que ahora campea en la cima de la loma de Tiscapa.

A los pocos minutos se reproducen las imágenes del brutal asesinato del periodista

Bill Stewart, las que se complementan con las de la adolorida madre que denuncia entre lágrimas el asesinato de su hijo de catorce años “que no se metía en nada”, vale decir, que no estaba involucrado en la lucha antisomocista; y las de la niña que en llantos relata “la grosería” que cometió la Guardia Nacional (GN) con sus padres al asesinarlos. Esas tres escenas representan nítidamente lo que fue ese cuerpo armado creado por oficiales estadounidenses en la segunda década del siglo XX, y apoyado hasta el último momento por Estados Unidos. De nacional, el ejército de Somoza sólo tenía el nombre. Su papel fue siempre el de una fuerza de ocupación que miraba a sus propios connacionales como enemigos a los que había que someter o eliminar. La destrucción de este instrumento de terror y represión valió todos los sacrificios. La vida de tantos jóvenes que lucharon contra *la contra* fue el precio para impedir su restauración. Que actualmente no exista la GN es algo que aún los nicaragüenses debemos agradecer a esos muertos. No fue, por consiguiente, un sacrificio en vano. No están esos jóvenes “inútilmente muertos”, como afirma la autora del documental.

Posteriormente se hace un sugerente contraste entre las imágenes de la insurrección popular contra Somoza y la dolorosa realidad que viven muchos jóvenes en los barrios marginales de Managua, esclavos ahora de diferentes drogas. Se contraponen el heroísmo de la generación de jóvenes de los años setenta y ochenta, dispuesta a entregar su vida para derrocar a Somoza y defender la revolución, y la lamentable existencia de algunos jóvenes de las generaciones pos-revolucionarias. Estas imágenes, también dolorosas, me provocan una interpretación distinta a la que ofrece la autora. Lo primero que pienso es que esos jóvenes drogadictos también son resultado o consecuencias de la “democracia” y “el

libre mercado” que se impuso a partir de febrero de 1990. Son la evidencia palpable de la marginación y exclusión social de amplios sectores populares, inherentes a las políticas neoliberales que han imperado desde entonces. Su condición también es resultado de la desaparición de las posibilidades y las actividades que en su momento la revolución ofreció a la juventud para encauzar su natural rebeldía, sus aspiraciones culturales y sus sueños; actividades que incluían desde festivales de cultura, campeonatos deportivos, hasta campañas sociales como limpiezas de calles y cauces en los barrios más pobres, movilizaciones al campo para trabajar junto al campesinado o jornadas de vacunación de infantes. Hace algunos años una estudiante de la Universidad Centroamericana me hizo ver nítidamente esta situación cuando en una ocasión me dijo: “Ustedes por lo menos tenían una razón, un objetivo para luchar, estaba más claro el sentido de sus vidas. Y a nosotros, ¿qué nos queda? El televisor, el celular, internet... la desesperanza de este tiempo.” ¿O será, como asegura una entrañable amiga, que la directora del documental sugiere que esos drogadictos constituyen la nueva generación de jóvenes sandinistas? Si ese es uno de los mensajes que se pretende transmitir, presenciamos una burda manipulación. Esos jóvenes que expresan abiertamente que han sido utilizados por el Frente Sandinista como fuerza de choque representan más bien al nuevo “lumpenproletariado” surgido en los últimos veinte años. Más allá de toda consideración moral que pueda tenerse sobre esta práctica, que no abordaré por ahora, puedo asegurar que es utilizada por diferentes partidos políticos nicaragüenses. No es un hecho exclusivo del FSLN. De esto también abundan los testimonios, pero la película sólo refleja la supuesta relación entre el FSLN y estos jóvenes.

En todo caso, tampoco debemos olvidar que muchos jóvenes *drogos* -mariguaneros y lumpemproletarios- también se sumaron en 1979 como combatientes populares en la insurrección final contra Somoza y su GN. Fueron de los más aguerridos y no pocos ofrendaron sus vidas para derrotar a la dictadura. Algunos aprovecharon la oportunidad histórica brindada por la revolución y encontraron un mejor camino de vida, otros volvieron a su mariguana y a su rutina anónima. Entre todos esos jóvenes, *Charrasca* y otros combatientes populares de León están entre los más paradigmáticos.

Por otra parte, en el documental también hace la falta la versión de otros jóvenes de las actuales generaciones, estudiantes y trabajadores, que se consideran los nuevos sandinistas y apoyan al actual gobierno del Presidente Ortega. Es una pena que la directora no los entrevistara para que explicaran sus razones para ese apoyo y se haya conformado con las anécdotas que contaban los drogadictos. Igual de interesante habría sido escuchar a los *ex contras* y muchos de sus líderes que ahora también apoyan a Ortega, quienes afirmaron que si el dirigente sandinista perdía las elecciones en 2011 (a las que se presentó autorizado por una disposición judicial que ha sido muy cuestionada) ellos serían los más perjudicados. Estos *ex contras*, según publicaron diarios internacionales como *El País*, de España, también han asegurado que el actual gobierno de Nicaragua ha sido el único que ha prestado atención y dado respuestas a las demandas sociales que hacían desde que se desmovilizaron a principios de los años noventa. Este cambio de percepción de los antisandinistas respecto al FSLN es otra de las transformaciones ocurridas en el período posrevolucionario, y resulta tan dramática como la del propio Frente

Sandinista, pero de ella no hay ni pistas en el documental.

Otro elemento que resulta ineludible comentar es la afirmación de la autora-directora-narradora cuando asegura que “Olof Palme tenía razón. La revolución se había desviado”. Al escuchar tal aseveración, me surgen las siguientes preguntas sobre las que también invito a reflexionar: ¿Cuál fue exactamente la desviación del proceso revolucionario? ¿En relación a qué se desvió? ¿Respecto al plan histórico del FSLN elaborado en la década de los años sesenta? ¿A la voluntad y deseos políticos de los partidos socialdemócratas que apoyaron a la tendencia tercerista del FSLN, que fue la que finalmente aceleró el derrocamiento de Somoza? ¿No había algo de arrogancia en la afirmación de Palme? ¿No encierra también la pretensión, sin ningún fundamento, de ser poseedor de una verdad absoluta? ¿Puede trazarse el camino que debe o tiene que seguir una revolución y considerar que lo seguirá sin tropiezos? Y si es así, ¿quién lo traza? ¿Acaso puede planificarse una revolución como se proyecta la construcción de un edificio o una autopista? Los muchos ejemplos que nos ofrece la historia indican que no. Las revoluciones son dirigidas y apoyadas por seres humanos, y por eso mismo el derrotero que seguirán resulta impredecible. Las revoluciones son procesos extremadamente complejos que resultan afectados por múltiples circunstancias o factores, desde sociales, económicos, culturales, militares, hasta ambientales o atmosféricos.

En el caso nicaragüense, otro problema que enfrentó la revolución, y que muchos parecen no tomar en consideración, fue que *no todos* los que se opusieron a Somoza *querían* revolución. Más aún, una buena parte de la población –especialmente empresarios, miembros de las familias oligárquicas y de

la alta jerarquía católica, familiares de funcionarios del régimen y de miembros de la Guardia Nacional– claramente *no* quería revolución, rechazaba la idea de una verdadera revolución. A algunos de ellos les bastaba el derrocamiento de Somoza. No les interesaba nada más; menos aún que se impulsaran transformaciones sociales y políticas como las que intentó el sandinismo.

“En todas las miradas había amor... éramos la mejor versión de nosotros mismos... los hombres y mujeres nuevos...”, expresa en otro momento la narradora, y seguidamente pueden observarse imágenes de la Cruzada Nacional de Alfabetización, en la que la mitad de la población que sabía leer y escribir enseñó a la mitad a la que se le habían negado las posibilidades de aprender. Decir que en todas las miradas había amor es una bonita figura retórica, pero no fue cierto. Hay que recordar también, y la película no lo hace, que algunos sectores políticos y empresariales, incluidos también muchos jerarcas católicos y no pocos sacerdotes, se opusieron a la campaña de alfabetización aunque estaba dirigida por otro cura. En estos opositores no había una mirada de amor hacia el pueblo que participaba activamente en tareas encaminadas a mejorar sus condiciones de vida. Tampoco la hubo entre algunos de mis vecinos cuando se anunció el derrumbe de la GN. Recuerdo particularmente la mirada de un ex oficial jubilado de la fuerza aérea de Somoza, y la de otro trabajador del Estado, que al decir de sus familiares era obligado a patrullar durante las noches en distintos barrios de Managua en una de las fatídicas patrullas BECAT, que tanto terror significaron para cientos de familias. Un miedo que pocas veces vi reflejado en la mirada de esos hombres en los días inmediatos al día cero. Seguramente tampoco era amor lo que reflejaba la mirada de los miles de soldados

de la Guardia Nacional que huyeron hacia Honduras una vez que se enteraron que Somoza había abandonado el país.

La autora también afirma que se sintió traicionada por todos: "Por unos, por la corrupción, y por los otros, por haberse callado tanto tiempo y ser cómplice del engaño". En realidad, alguna razón le acompaña, pero también en esto es necesario ir más allá del lamento. Más aún, si pretendemos ser justos frente a los pecados y errores cometidos durante y al final de la revolución, debemos reconocer que las responsabilidades fueron compartidas. Es ingenuo y errado creer que unos son culpables de pecados por la comisión y otros sólo de omisión. En todo caso, lo más decepcionante para muchos nicaragüenses de a pié fue que ambos sectores del sandinismo –"renovadores" y "ortodoxos"– fueron incapaces de ponerse de acuerdo sobre cómo enfrentar las nuevas circunstancias que enfrentaba el país tras la derrota electoral de 1990, y que olvidaran la principal lección que dejó el derrocamiento de Somoza: la unidad de los más diversos sectores para alcanzar un objetivo común superior. Ambos bandos resultaron igualmente intransigentes, verticales y ortodoxos en las posiciones en las que se atrincheraron.

"El Frente expropió las propiedades del estado, las privatizó a nombres de miembros del partido, desde enormes extensiones de tierra hasta vehículos, pasando por casas y demás. Nació una nueva élite de ricos antes revolucionarios", es otra de las amargas quejas de la autora al referirse a la precipitada legislación que se ha pretendido reducir a los abusos mejor conocidos como "la piñata", pero cuyos alcances y beneficios sociales van mucho más allá. No puede negarse que hubo excesos, inaceptables desde cualquier punto de vista, pero estos no invalidan

el carácter social de dichas leyes. Cientos y cientos de miles de familias fueron beneficiadas con lotes, viviendas y tierras. Además, dicha legislación pretendía ofrecer un mínimo de seguridad jurídica a los campesinos que habían recibido tierras durante la reforma agraria. Sería también interesante, para no quedarse en el lugar común de esas acusaciones, y para ofrecer una mejor comprensión de esa "coyuntura posrevolucionaria", realizar una investigación seria, a fondo, que contrastara los abusos de la dirigencia sandinista y de muchos militantes del FSLN con el beneficio social que representaron esas leyes para miles de familias, sandinistas o no. Y más interesante aún sería contrastar el abuso que representa "la piñata" con los excesos y arbitrariedades cometidas por funcionarios del gobierno de Doña Violeta Barrios de Chamorro durante el proceso de privatización de las empresas del Estado; otro expropiación del que curiosamente muy poco se habla, y del que la película tampoco dice una palabra.

Al final, "Palabras Mágicas" deriva en otra versión de las mismas críticas constantemente repetidas por los medios históricamente antisandinistas y por lo mismo ya muy sabidas, y tan fáciles de esgrimir contra Daniel Ortega. Lo que se necesita ahora son palabras que expliquen la compleja realidad que representa la favorable opinión popular que goza el persistente líder del FSLN, y el hecho de que haya ganado con poco más del 62% de los votos las elecciones a las que se presentó con una candidatura seriamente cuestionada, curiosamente casi el mismo porcentaje que obtuvo en 1984, cuando la revolución y su liderazgo aún contaban con un enorme prestigio. Más aún, que aclaren por qué, según resultados de encuestas elaboradas por empresas a las que no puede acusarse de oficialistas o "danielistas", el Presidente Ortega ha obtenido porcentajes

de opiniones favorables superiores a los votos recibidos durante su reelección. Veamos por ejemplo el último informe del Latinobarómetro. ¿Cómo explicar que aparezca en el quinto lugar de los gobiernos con mayor calificación positiva? Finalmente, una última pregunta: ¿rompieron esas “palabras mágicas” el encanto por la revolución sandinista? En realidad depende de qué tan encantado se haya estado. También depende de la posición o el papel que se asumió o jugó frente, en y durante el proceso revolucionario. Para muchos de mi generación que estuvimos presentes en todas las tareas que demandó la revolución, nada podrá arrebatarnos el habernos sentido protagonistas y dueños de los destinos del país, aunque la experiencia haya durado sólo una década. El giro pragmático dado por el FSLN en los últimos años no invalida ni niega lo que fue y lo que hizo la revolución sandinista por los condenados de la tierra en Nicaragua. La revolución fue y es más que un engaño o un desengaño. El sandinismo dio al país y a muchos de sus ciudadanos, por

primera vez, la posibilidad de ser ellos mismos. Ni siquiera el extraño fenómeno que fue la presidencia de Doña Violeta Barrios de Chamorro se explicaría sin la revolución sandinista. No se logró todo lo que se propuso, es cierto; pero quienes habían estado marginados desde siempre pudieron asomarse, quizás por primera vez, a sus propias posibilidades; descubrieron capacidades antes insospechadas, y no dudo que alguna generación en el futuro sabrá aprovecharlas y utilizarlas mejor. Mientras tanto, busquemos otras palabras mágicas que reanimen los sueños por un mundo mejor. Reitero: Esas son las que más hacen falta; porque los afamados intelectuales que en los años ochenta se distinguían como importantes cuadros sandinistas, que ocuparon puestos claves en el gobierno revolucionario y que hoy adversan al actual FSLN, pese a sus reconocidos talentos -lo digo con todo respeto- hasta ahora no han sido capaces de proponer nuevas palabras, y mucho menos acciones, que restablezcan la utopía.